

Felicidad clandestina

Clarice Lispector

Era gorda, baja, pecosa y de cabellos excesivamente crespos, medio amarillentos. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas. Como si no fuese suficiente, se llenaba los dos bolsillos de la blusa, por encima del pecho, con caramelos. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historias le hubiese gustado tener: un padre dueño de librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de por lo menos un librito barato, nos entregaba una postal de la tienda del padre. Para colmo siempre era un paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos. Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como “aniversario” y “recuerdos”.

Qué talento tenía para la crueldad. Toda ella era pura venganza, chupando caramelos con ruido. Cómo nos debía odiar esa niña, nosotras que éramos imperdonablemente lindas, espigadas, altas, de cabellos libres. Conmigo ejerció su sadismo con una serena ferocidad. En mis ansias por leer, no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía implorándole prestados los libros que ella no leía.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a ejercer sobre mí una tortura china. Como al pasar, me informó que tenía *El reinado de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro gordo, era un libro para quedarse a vivir con él, para comerlo, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si pasaba por su casa al día siguiente, me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de la alegría, me transformé en la esperanza misma: no vivía, nadaba lentamente en un mar suave, las olas me llevaban y me traían.

Al día siguiente fui a su casa, literalmente corriendo. No vivía en un departamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, me fui lentamente, pero al poco tiempo la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y volví a caminar por la calle a los saltos, que era mi manera extraña de andar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, el día siguiente llegaría, los días siguientes serían más tarde mi vida entera, el amor por el mundo me esperaba, anduve saltando por las calles como siempre y no me caí ni una sola vez.

Pero no quedó simplemente en eso. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era tranquilo y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Para oír la respuesta calma: que el libro aún no estaba en su poder, que volviese al día siguiente. Poco me imaginaba yo que más tarde, en el curso de la vida, el drama del “día siguiente” iba a repetirse otras veces como aquella con mi corazón latiendo.

Y así continuó. ¿Cuánto tiempo? No sé. Ella sabía que era tiempo indefinido mientras la hiel no se escurriese toda de su cuerpo grueso. Ya empezaba a adivinar que me había escogido para hacerme sufrir. A veces adivino. Sin embargo, aún adivinando, a veces acepto: como si quien quisiera hacerme sufrir estuviera necesitando furiosamente que sufra.

¿Cuánto tiempo? Iba a su casa diariamente, sin faltar ni siquiera un día. A veces ella decía: el libro

estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como viniste sólo a la mañana se lo presté a otra niña. Y yo, que no era propensa a las ojeras, sentía las ojeras cavándose bajo mis ojos espantados.

Hasta que un día, cuando estaba en la puerta de su casa, escuchando humilde y silenciosa su negativa, apareció su madre. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortada de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no estar entendiendo. Hasta que esa madre buena entendió. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: ¡Pero si ese libro nunca salió de casa y vos ni siquiera quisiste leerlo!

Y lo peor para la mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el descubrimiento horrorizado de la hija que tenía. Nos espiaba en silencio: la desconocida potencia de perversidad de su hija y la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, le dijo firme y serena a su hija: Vas a prestar ese libro ahora mismo. Y a mí: y vos te quedas con el libro por el tiempo que quieras. ¿Entendieron? Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: “por el tiempo que quieras” es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Tomé el libro. No, no salí saltando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Cuanto tiempo tardé en llegar a casa, poco importa. Mi pecho estaba caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Fingía que no lo tenía, sólo para después sentir el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con manteca, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba las más falsas dificultades para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si ya lo presintiera. ¡Cómo me demoré! Vivía en el aire... había orgullo y pudor en mí. Era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca balanceándome con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo.

No era más una niña con un libro, era una mujer con su amante.